

Recorrido. Córdoba, *el excelso muro y el fértil llano*

A don Luis de Góngora todo le parecía poco para celebrar a su patria, aquella “flor de España”. En Córdoba el excelso muro que mencionaba Góngora lo levantaron Amílcar Barca, César, Augusto, Leovigildo, los emires y califas omeyas, Fernando III el Santo, Alfonso X el sabio, los Reyes Católicos, Carlos V, en fin, tantos que por fuerza resultó excelso. Al fértil llano le dio su condición el padre de Andalucía, el Guadalquivir, tan esencial para Córdoba como su propia existencia.



Tanto trasiego de culturas, tanto personaje ilustre y un papel tan predominante en la historia, dejó una profunda huella en Córdoba. Un lugar en el que se respira ese aire de ciudad antigua que pocas tienen. Córdoba vivió su esplendor durante el Califato de los Omeyas, que nos dejó el excepcional legado de la mezquita o la cercana Medina Azahara. Tras la conquista cristiana allí trabajaron los alarifes mudéjares, los canteros góticos venidos del norte, los maestros del Renacimiento andaluz y del Barroco más exultante. Y todo se combinó en Córdoba de manera menos abrupta que en otros sitios. Todo pareció adquirir un tono “clásico”. Un ejemplo es su catedral, que parece un elefante atrapado en medio del haram de la mezquita, pero sabe estarse quieto sin destruir más de lo necesario.



Así, en los patios, las callejuelas, los arcos, los muros, las capillas, los palacios, los alcázares o las columnatas, uno no sabe si está en Roma, Al-Andalús, Sefarad, la Andalucía cristiana devota de cruces y arcángeles o ante todo a la vez. Quizá ese carácter sincrético tranquilo, sin rupturas, sin exotismos, mereció que la voz de otro poeta andaluz hablara de Córdoba diciendo: “Romana y mora, Córdoba callada”.

DATOS

Duración: dos días